

MESURA Y PRUDENCIA, RASGOS FUNDAMENTALES DE LA PRAXIS AMBIENTAL

Victor Hugo Salazar Ortiz¹

Juan José Láriz Durón²

Resumen

Pensar la praxis ambiental es centrar ese quehacer como una de las principales características que la Revolución Industrial nos dejó, porque es básico decir que el hombre aprendió a sustituir la energía viva por la energía mecánica. En la actualidad, todo se ha convertido en producto de consumo. Nada es, hasta no tener un precio y pueda ser vendido o comprado. Nuestra alimentación es cada vez más artificial, convirtiéndola así en una forma natural de subsistencia. Podemos decir que en este mismo tenor, se considera que el agua embotellada es más *agua* que la de un río o lago; que la luz eléctrica, es mejor que la luz *natural*; y preferimos *fast food* que comida casera. Desde esta perspectiva las personas se sienten ajenas a la Naturaleza, ven lo *Natural* desde la posición citadina y cómoda, desconocen e ignoran que es la misma Naturaleza la que hace posible su vida y existencia confortable.

Es muy claro que mientras las corporaciones y empresas privadas cuenten con un gran poder económico, seguirán marcando el rumbo fáctico de las acciones humanas. Si realmente queremos que las cosas cambien, la sociedad civil y cada uno de nosotros debemos hacernos responsables, ser más prudentes con lo que consumimos; Así, debemos actuar responsablemente al elegir de entre la amplia gama de productos que se ofrecen en el mercado, para seguir sosteniendo responsablemente nuestro ambiente.

Palabras clave: Medio Ambiente, energía, Consumo, Environment, energy, consumption,

¹ Maestro en Filosofía, Profesor Investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, tel. 01 449 9108493, correo electrónico: vhsalaza@correo.uaa.mx

² Maestro en Filosofía, Profesor Investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, tel. 01 449 9108493, correo electrónico: jjlariz@correo.uaa.mx

*Con respecto a la virtud no basta con conocerla,
sino que hemos de procurar tenerla y practicarla.*

Aristóteles

Ética Nicomáquea (1179b1-3)

1. Génesis de la nueva concepción de la naturaleza

El hombre se distingue jerárquicamente de las demás creaturas por su capacidad *racional*, ésta le permitió someter al mundo y a las especies animales que lo habitan sin ninguna restricción moral. Las consecuencias de esta cosmovisión antropocéntrica comenzaron a señalarse a mediados del siglo pasado³, sin embargo poco o nada se tomaron en cuenta las sugerencias para modificar la conducta humana en lo que respecta a su relación con la naturaleza, las advertencias de los impactos negativos en el ambiente de continuar por ese camino de explotación y contaminación, así como los riesgos que implicaba la falta de control natal de nuestra especie. Tales advertencias *proféticas* comienzan a hacerse patentes en los albores del siglo XXI. Esto no significa que antes no lo fueran, pero la avaricia desmesurada de empresarios por producir cada vez más para obtener mayores ganancias económicas, la laxitud de los gobernantes para permitir a las corporaciones emplear métodos de producción voraces y altamente tóxicos, disfrazando y justificando la explotación y contaminación de los recursos naturales de la comunidad con beneficios sociales como son “empleos seguros” y “modernidad”; por último, una sociedad dispuesta al consumo de lo más *hipermoderno* para estar a la vanguardia, han acelerado el proceso de un posible *ecocidio* planetario, poniendo seriamente en riesgo la sustentabilidad de nuestra generación y más aún de las siguientes generaciones.

¿Cómo fue gestándose este cambio en las actitudes, conductas y comportamientos humanos? Las actividades de los seres humanos; otrora en armonía con la naturaleza, pues las sociedades agrícolas utilizaban y reutilizaban gran parte de lo que entraba a formar parte de su vida, tomando solamente lo necesario y devolviendo a la naturaleza un volumen de residuos que podrían reintegrarse con facilidad en el ecosistema nuevamente; se ven modificadas por nuevos métodos de producción desde mediados del siglo XX, como lo comenta la Dra. Isla de Bauer:

Aun cuando la tecnología comenzó a ocasionar serios trastornos ambientales a partir del siglo XIX, la agricultura de la época se basó en procesos ecológicos; los residuos de las cosechas se incorporaban

³ Entre los textos más ampliamente reconocidos de esta denuncia antropocéntrica se encuentran “La ética de la tierra” de Aldo Leopold (1949), *Primavera Silenciosa* de Rachel Carson (1962), La bomba de Paul Ehrlich (1968), “Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica” de Lynn White (1967) y “La tragedia de los comunes de Garret Hardin (1968).

al suelo o se daban como alimento al ganado y el estiércol retornaba al suelo de manera que, un vez mineralizado, podía ser absorbido y utilizado por las plantas. De este modo, se completaba un ciclo estable, semejante a un sistema ecológico sostenible que generaba una influencia externa de poca consideración [...] Desde la Segunda Guerra Mundial, el sistema anteriormente descrito se ha desintegrado. Como consecuencia del aumento de la población, las explotaciones agrícolas y ganaderas crecieron, su número se redujo, se volvieron mecanizadas y dependientes de plaguicidas y fertilizantes sintéticos [...] Consecuentemente, ya no es posible el reciclaje sencillo de antes; los residuos de cosechas y estiércol son un problema en general en este tipo de empresas (Bauer, 2009: 49 y 50).

Al respecto ya señalaba Heidegger a mediados del siglo XX en su ensayo *La pregunta por la técnica*: “Ahora hasta el cultivo del campo ha sido arrastrado por la corriente de un cultivar de otro género, un cultivar (encargar) que emplaza a la Naturaleza. La emplaza en el sentido de la provocación. La agricultura es ahora industria mecanizada de la alimentación” (Heidegger, 1956).

Previo a estos cambios en las actividades agrícolas debemos recordar que la vida rural comenzó a modificarse y alterarse desde mediados del siglo XVIII, pues empezó un importante movimiento de migración hacia las ciudades, debido a que en ellas surgió una nueva forma de producción diferente a la tradicional. El empleo de máquinas para la fabricación masiva de productos de consumo. La principal característica de esta Revolución Industrial es que “el hombre aprendió a sustituir la energía viva (la de los animales y la de él propio) por la energía mecánica (la producida por el vapor, el petróleo, la electricidad y el átomo)” (Fromm, 1970: 35). Las *nuevas empresas* requirieron mano de obra a cambio de un salario, y esto motivó a la gente a dejar las arduas faenas del campo y el trabajo familiar no remunerado para irse a trabajar a las ciudades. Los *nuevos ciudadanos* tenían labores físicamente menos exigentes gracias al trabajo mecánico. La vida campirana tradicional cedió su lugar a modernas ciudades rebosantes y con crecimiento acelerado. Sociedades capitalistas cada vez más fuertes y arrasadoras se fueron erigiendo a la par del desarrollo técnico y científico. En estas nuevas y vastas zonas industriales, los pobladores disfrutaron de las primeras máquinas de vapor, de novedosos medios de comunicación, diarios, telegramas, centros de diversión y esparcimiento. La vida cada día se volvió más cómoda, pues se contó con servicios de agua, luz, drenaje, vialidades para el transporte. Sin embargo, al mismo tiempo que las ciudades fueron creciendo, y contando con estos servicios, se fueron generando diversos y complicados problemas como: dar vivienda a una creciente población, llevar a las ciudades agua, alimentos, generar energía, deshacerse de la basura, etc. A esto hay que agregar que dicho crecimiento demográfico fue exigiendo una mayor explotación de los recursos naturales cercanos, los cuales fueron llevados

rápidamente al agotamiento a consecuencia de la deforestación, del exterminio de especies, de la explotación de los mantos acuíferos y de la sobreexplotación agrícola, ganadera y marina. Las consecuencias han sido que para satisfacer las necesidades de consumo de las metrópolis, se hizo necesario *explotar* zonas más lejanas, distanciando a su vez a los ciudadanos de la naturaleza, los cuales fueron olvidando de dónde provienen los recursos que sostienen su vida citadina, hasta llegar a la ignorancia de esto. Por lo tanto, los habitantes de las grandes urbes al no saber y conocer de dónde procede lo que posibilita su vida *industrial*, ven lo natural como algo ajeno y extraño, sosteniendo y orientando su existencia en un mundo artificial y consumista.

2. El inconsciente consumismo

Para explicar qué significa el inconsciente consumismo, vayamos primero a su origen, en el término consumir y su devenir hasta llegar a la construcción del término consumismo. Consumir significa “Utilizar comestibles u otros bienes para satisfacer necesidades o deseos” (RALE). De acuerdo con esta primera definición, todo *ser vivo* necesita consumir para subsistir, es un acto completamente natural, sin embargo, los seres humanos pasamos del consumir al consumo, definido como: “Dicho de la sociedad o de la civilización: Que está basada en un sistema tendente a estimular la producción y uso de bienes no estrictamente necesarios” (RALE). Esto significa que la acción original, natural y *mesurada* de consumir se modifica por una en la que *se estimula* dicha necesidad para poseer bienes superfluos e innecesarios para vivir. La evolución del concepto consumir avanzó en el uso cotidiano hasta su grado superlativo, es decir, el consumismo es definido como: “Tendencia inmoderada a adquirir, gastar o consumir bienes, no siempre necesarios” (RALE).

Hoy en día nos encontramos postrados en una atmósfera de consumismo que embriaga nuestra mente conduciéndonos a consumir *desmesurada e imprudentemente* “productos”, ya sea porque provocan un sentimiento de libertad de decisión entre varias marcas y productos, o porque vienen a llenar un vacío de falsas y vanas necesidades que la mercadotecnia nos ha creado. Sin embargo un estudio realizado por el doctor Barry Schwartz sugiere que “un mayor número de opciones puede contribuir de hecho a la reciente epidemia de depresión clínica que afecta a gran parte del mundo occidental” (2005: 15).

¿Cómo logran las campañas publicitarias convencernos de que necesitamos lo que nos ofrecen? De acuerdo con Carlos Llano Cifuentes, una de las principales herramientas para controlar los estímulos son las estadísticas, ya que “para muchos, encontrarse debajo del

promedio sería tanto como contraer una enfermedad o ser víctima de una desgracia. Éste es sin parecerlo, uno de los orígenes del consumismo: se termina instalando una antena parabólica por la sola razón de que todos los vecinos la han instalado ya” (Llano, 2004 27).

Debemos reconocer que gran parte de lo que actualmente consumimos es resultado de necesidades aparentes, es decir, queremos para *aparentar*. La apariencia se convierte en una auténtica necesidad social, y para muchos en una necesidad vital, pues ‘viven para trabajar, y trabajan para pagar’ el auto (principal ícono de *status* social), la ropa, el calzado, aparatos electrónicos, la diversión, etc. Al respecto también señala Jean Baudrillard en su libro *La transparencia del mal*, “la gran tarea de Occidente ha sido la mercantilización del mundo, haberlo entregado todo al destino de la mercancía”(1997: 22). En la actualidad todo se ha convertido en producto de consumo. Nada es hasta no tener un precio y pueda ser vendido, comprado, subastado o engullido.

El tener recursos innumerables cerca de nosotros hace que perdamos conciencia de la procedencia de los mismos, y como siempre están disponibles en el mercado, nos parece que son inagotables, y por lo tanto el consumo que hacemos se convierte en un derroche inconsciente. Sin embargo, como señala Sartori en su obra *La tierra explota* “La tierra está enferma de súper consumo, estamos consumiendo mucho más de lo que la naturaleza puede dar” (2003: 73). El problema del consumismo trasciende mas allá de lo local, se ha convertido en una problemática global, pues, para reabastecer las bodegas, almacenes y el mercado de los consumidores del primer mundo, se va más allá de las propias fronteras, y no sólo eso, se forzan los nuevos terrenos colonizados a ciclos inapropiados con su naturaleza, llevándolos paulatinamente a la pérdida de su resiliencia por el uso indiscriminado de fertilizantes y plaguicidas (causantes de la contaminación de los mantos freáticos y del agua subterránea así como del agotamiento de los suelos), la explotación indiscriminada e inmoral de animales, a los que se trata como máquinas de producción antes que como seres sintientes (Singer 1999), extracción de minerales y energéticos e incluso la explotación de mujeres y niños (Klaus y Weiss, 2003).

Al respecto cito un artículo publicado recientemente por Esther Vivas (2010) titulado “Otro modelo de consumo. Alarma sobre el impacto del actual modelo agroalimentario globalizado” en el que escribe:

Los casos de gripe porcina, pollos con dioxinas, vacas locas, gripe aviar, etc., han encendido las luces de alarma sobre el impacto del actual modelo agroalimentario globalizado. Cada vez son más las

personas que se preguntan a dónde conduce este modelo de alimentación deslocalizado, industrial, intensivo, quilométrico, que antepone los intereses económicos y empresariales a las necesidades alimenticias, al bien público y comunitario, al respeto a la naturaleza.

Ahora bien, no hay que perder de vista que todos los productos procesados, tienen una vida útil, y una vez que ésta termina, el desecho es retornado a la naturaleza. Lo grave de esta situación, es que hemos ido adoptando un modelo de usar y tirar. Es contra esta visión derrochadora y devastadora de recursos contra el que hay que luchar, pues conductas sin aparente impacto ambiental resultan ser en ocasiones más dañinas o perjudiciales que algunas otras que evitamos. Algo que se pierde de vista, o que pocas veces se considera, es que todos los productos procesados tienen una vida útil, y una vez que ésta termina, el desecho es retornado a la naturaleza, pero, el sistema planetario tiene un límite de aceptación de los desechos que producimos, no es posible continuar con el modelo de “usar y tirar”. A continuación se presenta una en la que se indica tabla el tiempo que tardan en degradarse algunos objetos de uso cotidiano para ejemplificar lo que se señala.

TIEMPO QUE DURAN EN DEGRADARSE ALGUNOS OBJETOS DE USO COTIDIANO⁴

OBJETO	TIEMPO EN AÑOS
LATA	10
BOTELLAS DE PLÁSTICO	100 a 200
VASOS DESECHABLES TRANSPARENTES	1,000
TENIS	200
MUÑECO DE PLÁSTICO	300
COLILLA DE CIGARO	2 a 10
ENCENDEDOR	100
BOTELLA DE VIDRIO	4,000
ENVASE DE TETRABRICK	30
COMPONENTES ELECTRÓNICOS	1,000
AEROSALES	30
UNICEL	100

Algo que al parecer aún no tenemos claro, es que el sistema planetario tiene unos límites de aceptación de los desechos que producimos, y no es posible seguir por el rumbo que

⁴ “¿Cuánto tardan en degradarse...?”, *Muy Interesante*, México, Mayo 2007, año XXIV No. 42, p. 7.

llevamos. La situación es difícil, puesto que las personas actúan convencidas de que lo que hacen no es excesivamente perjudicial, y por ello no son conscientes de la relación que existe entre nuestro comportamiento individual y colectivo con el escenario en el que viven el resto de los ciudadanos. Se tiene la ingenua conciencia de que esta crisis tiene solución, confianza basada en la ciencia y tecnología. Precisamente esto es lo que nos ha hecho anti-naturales y bio-artificiales.

3. La *anti-naturaleza* responsable de la *bio-artificialidad* humana

La revolución industrial trajo consigo un desfase en la relación del hombre con la naturaleza, ésta deja de ser vista como *algo en sí* para pasar a ser *algo utilizable, disponible siempre* hasta en lo más elemental como son los alimentos. Muestra clara de esto es que el mercado local ha cedido, o mejor dicho, ha sido devorado por grandes corporaciones que nos obligan a comprar y consumir productos envasados y congelados, orillándonos a optar por éstos y sólo por éstos. Nuestra alimentación es cada vez más artificial, y lo extraño es que la preferimos por comodidad, convirtiéndola en una forma natural de subsistencia (Singer, 2009: 101-113).

Los habitantes de las zonas urbanas contemporáneas han optado por escaparse del mundo natural suplantándolo por uno completamente artificial. Esta situación no es para nada nueva, pues ya Aldo Leopold en los 40's señalaba que:

Hoy en día, el hombre moderno está separado de la tierra por muchos intermediarios, y por innumerables artefactos físicos. No tiene una relación vital con la tierra; para él sólo es el espacio entre ciudades en donde crecen los cultivos [...] Los sustitutos sintéticos de la madera, la piel, la lana y otros productos naturales de la tierra le gustan más que los originales. En pocas palabras, la tierra es algo que "ha dejado atrás" (Leopold, 2004: 43).

A causa de vivir en dicho mundo nos olvidamos del natural, creamos un sentimiento de completo desapego, tornándose más natural nuestra vida citadina. A la naturaleza se le ve como algo lejano e inexistente, pues sólo nos acercamos a ella, en el mejor de los casos, como lugar de esparcimiento. Es así que al ser ajenos a la naturaleza, sentimos también impropia nuestra responsabilidad hacia ella. En este tenor Víctor M. Toledo, en su artículo El desafío planetario: integrar lo urbano, lo rural y lo natural, comenta que "En la actualidad los niños de las grandes urbes tienden a olvidar el origen de lo que consumen y confunden con facilidad un ser viviente con un artefacto industrial." (Toledo, 2003: 173).

Lo anterior me hizo recordar una anécdota que escuché de un padre misionero en Japón. Contaba que un niño se encontraba jugando en el patio de su casa y de pronto vio un grillo. Lo atrapó, fue corriendo con su mamá y le pidió un frasco para guardarlo. Con el paso del tiempo el grillo murió, pero para el niño sólo había dejado de funcionar, entonces pidió a su mamá que por favor le cambiara las pilas. Alguien podría decir, bueno eso ocurre en Japón y en los países desarrollados ¡pero no! Pasa también aquí en México, y creo que casi a cualquier ciudadano de cualquier parte del mundo, y para ejemplificarlo me permitiré comentar otra anécdota personal análoga a la referida. Durante un paseo en la Sierra de Laurel, ubicada en el municipio de Calvillo en el estado de Aguascalientes, varias personas éramos llevadas en la caja de una camioneta hacia un ojo de agua. En el trayecto se pueden admirar diversas formaciones geológicas, lo cual provocó –supongo- en una señora que iba con nosotros un recuerdo: comentó que tiempo atrás visitó Tapalpa (una zona en el estado de Jalisco con características afines al sitio en el nos encontrábamos), y le sorprendió mucho ver las impresionantes formaciones rocosas en aquel lugar, pero lo que más le llamaba la atención era «con qué y cómo habían subido y acomodado las piedras». Creo que estas anécdotas ilustran con claridad ese distanciamiento e ignorancia de las nuevas generaciones, tanto de infantes como de adultos, respecto a la Naturaleza.

¿Cómo se originó y en qué consiste esta *nueva clase de anti-naturaleza humana bio-artificial*? El origen está, primeramente en el distanciamiento constante y creciente de los seres humanos con la naturaleza, pues los ciudadanos nos alejamos cada vez más de ella mediante la construcción de bardas, caminos pavimentados, tuberías y supermercados que nos evitan todo contacto con la naturaleza; y en segundo lugar en una suplantación ontológica de lo artificial por lo natural, pues la sociedad contemporánea reconoce lo que está a su alcance como más natural que lo natural propiamente dicho, como lo explica Rachel Carson: “La humanidad se ha internado excesivamente en el mundo artificial que ha creado. Ha tratado de mantenerse aislada, con acero y concreto, de la tierra y el agua reales” (Carson, 2003: 44). En la actualidad se considera que el agua entubada y embotellada es más *agua* que la de un río, presa o lago; que la luz eléctrica es mejor que la luz *natural*; preferimos *fast food* que comida casera, etc. Desde esta perspectiva las personas se sienten ajenas a la Naturaleza, independientes de ella, ven lo natural desde la posición citadina y cómoda, desconocen e ignoran que es la misma naturaleza la que hace posible su vida y existencia confortable. La mayoría de las personas se han vuelto *sensiblemente desnaturalizadas* adoptado conductas aversivas hacia sí mismos y hacia la Naturaleza. Debería de parecer *in-creíble* que se prefiera comer unas papas comerciales que una fruta; beber una soda o un café, que un jugo o agua; ver televisión que leer un poco

por la noche antes de dormir; hacer ejercicio para lucir bien que por cuestiones de salud; etc. Lo *in-creible y extrañamente ajeno* en la sociedad actual es exactamente lo contrario, es decir, la gente no puede comprender cómo alguien puede ser vegetariano o vegano en una sociedad donde abunda la carne; optar por actividades sanas (leer, estudiar, dormir, estar con la familia) en vez de disfrutar de los múltiples modos de entretenimiento; cuidar los recursos naturales cuando lo normal es no hacerlo; ser honesto en una sociedad en la que *el que no tranza no avanza*; etc.

Hasta hace poco nadie había señalado este desapego que se venía gestando entre seres humanos y Naturaleza, así como tampoco restringido el comportamiento moral hacia el medio ambiente. Es por ello que en los albores de este siglo, con onda desolación estamos empezando a darnos cuenta de los grandes daños, abusos y excesos que la especie humana ha cometido en contra de la naturaleza, pues se transgredió de modo radical el entorno natural, lo cual ha ocasionado una amplia crisis ambiental que lleva consigo el deterioro de la capa de ozono; lluvia acida; contaminación y agotamiento de los mares; contaminación y escasez de aguas dulces; degradación y desertización creciente de suelos cultivables; disminución de la biodiversidad y desaparición progresiva de especies; alteraciones y deterioros producidos por manejo, almacenamiento y/o transporte irrestricto o descuidado de sustancias contaminantes.

Es necesario un recobrar analítico de la conciencia para percatarnos de los grandes estragos que hemos causado, en el medio ambiente en los últimos cincuenta años, según se reconoce en la *Evaluación de los Ecosistemas del Milenio*⁵. Dicho razonamiento debe conducirnos a una redefinición del *modus vivendi* urbano y a un actuar más mesurado y natural, en otra palabras, un comportamiento más prudente hacia la Naturaleza y todos los seres que en ella habitan.

4. Hacia una praxis ambiental mesurada y prudente

La propuesta de elaborar una reflexión ético-filosófica en torno a la problemática ambiental tiene su origen en el clásico ensayo de Aldo Leopold "*The Land Ethic*" publicado en 1949, en el que señala que "Hasta ahora no hay una ética que se ocupe de la relación del hombre con la tierra ni con los animales y las plantas que crecen en ella" (Leopold, 2004: 26). En torno a este ensayo se han escrito y se siguen escribiendo innumerable cantidad de páginas, debido a que varias de las consignas hechas por Leopold siguen vigentes, pero sin ser consideradas por los productores agrícolas, industriales, gobernantes y sociedad en

⁵ <http://www.maweb.org/documents/document.439.aspx.pdf>

general, tal y como Leopold lo señaló hace ya más de sesenta años. Sirva de ejemplo la siguiente cita: “La conservación es un estado de armonía entre los hombres y la tierra. A pesar de casi un siglo de propaganda -dos ya en este momento-, la conservación marcha a paso de tortuga; el progreso en esta área consiste todavía, en su mayor parte, en consignas piadosas y piezas de oratoria convencionales. Por cada paso que damos hacia delante damos dos hacia atrás” (Leopold, 2004: 29). Hoy en día apenas comenzamos a ver algunos avances, pero la realidad es que seguimos todavía sumergidos en las “consignas piadosas y piezas de oratoria” que ya criticaba Leopold; ejemplo de esto son los discursos y los hechos acontecidos, por ejemplo en el año 2010 en el Día de la tierra. En el discurso emitido por Ban Ki-moon, Secretario general de la ONU, exhortó “a gobiernos, empresas y ciudadanos a darle a la Madre Tierra el respeto y el cuidado que se merece”⁶; ese mismo día, irónicamente, estallaba una plataforma petrolera de *British petroleum* derramando más de 5000 barriles diarios de petróleo ocasionando un incalculable daño ambiental. Sin duda alguna, siguiendo a Leopold, esto no es sólo “dos pasos atrás”. ¿Quién o quiénes son los responsables de este desastre? Días después de la explosión fueron citados a declarar los ejecutivos de las tres empresas encargadas de la plataforma: Lamar McKay presidente de BP América, Tim Probert presidente de Halliburton y Steven Newman ejecutivo de *Transocean*; ninguno de ellos asume la responsabilidad de las causas de la explosión, antes bien se acusan entre sí⁷. Lo único que está claro de este hecho es que, irónicamente, saldrá algo “positivo” para estas empresas y para los políticos que apoyan la exploración y explotación de pozos petroleros submarinos: convertirán este suceso en un gran slogan publicitario ecológico, pues como señala Eduardo Galeano: “Esas empresas, las mas devastadoras del planeta, figuran en los primeros lugares entre las que más dinero ganan. Son, también, las que más dinero gastan: en la publicidad, que convierte mágicamente la contaminación en filantropía” (Galeano, 2004: 223).

Tal vez no sintamos ninguna responsabilidad y sí mucho coraje frente al desastre ecológico que está ocasionando la fuga de petróleo referida, pero no nos detenemos a pensar que a lo mejor el plástico de mi computadora, de mi celular, de la botella de agua o de la bolsa del supermercado que adquirimos, tuvieron su origen en ese pozo que hoy día está causando graves daños ambientales, pues la materia prima de los objetos citados es precisamente petróleo⁸, o por otra parte, que la carne de la hamburguesa que degustamos el fin de

⁶ <http://www.informador.com.mx/tecnologia/2010/195593/6/la-onu-celebra-el-dia-de-la-tierra-con-un-llamado-al-desarrollo-sostenible.htm>

⁷ <http://www.jornada.unam.mx/2010/05/12/index.php?section=politica&article=002n1pol> (última consulta 11/05/12)

⁸ <http://lee.ifas.ufl.edu/FYN/FYNpubs/TheDangersofPlasticBags.pdf> (última consulta 11/05/12).

semana en la franquicia de un *Fast food* estadounidense es resultado de la deforestación de selvas tropicales, pues como señala David Kaimowitz director general del centro *Environmental News Service*, “Están destruyendo la Amazonia para producir carne para hamburguesas”⁹.

A partir de lo dicho, tenemos que darnos cuenta y estar conscientes de que nuestro consumo es el que hace necesaria la explotación de yacimientos petroleros, de minas, de animales, de tierras agrícolas, etc., porque nosotros somos consumidores directos o indirectos de estos productos, y sin darnos cuenta contribuimos y aumentamos la continuidad de esta cadena perniciosa y somos también los responsables de una nueva criminalidad, pues como señala Peter Singer:

Ahora los problemas gemelos del agujero de ozono y el cambio climático han revelado nuevas y extrañas formas de matar gente. Al rociarte desodorante en tu axila en tu apartamento en Nueva York, y si usas un vaporizador impulsado por CFC, podrías estar contribuyendo a las muertes por cáncer de piel, muchos años más tarde, de gente que vive en Punta Arenas, Chile. Al conducir tu coche, puedes expulsar dióxido de carbono que es parte de una cadena causal que lleva a las riadas letales de Bangladesh. ¿Cómo podemos adaptar nuestra ética para tener en cuenta esta nueva situación? (2003: 32).

En suma no podemos seguir creyendo en discursos comerciales y gubernamentales retóricos convencionales, mismos que llevan décadas. Está muy claro que mientras las corporaciones y empresas privadas sigan contando con un gran poder económico seguirán marcando el rumbo fáctico de las acciones humanas. ¿Podemos hacer algo? ¿Será posible cambiar los modelos mercantiles que rigen nuestro consumo actual? ¿Quiénes deben ser los generadores del cambio de paradigma?

Debería de corresponder a los responsables de las instituciones gubernamentales proteger y salvaguardar los recursos naturales, pero éstos anteponen sus intereses económicos y partidistas. Claro ejemplo de esto es el partido Verde Ecologista de México, pues como señala Jose Luis Lezama

no posee una verdadera plataforma ecológica. Sus propuestas, al menos las presentadas ante el Instituto Federal Electoral, no logran situar la cuestión ambiental en un contexto social, económico y político realista. La lucha y las reivindicaciones ecológicas aparecen como defensa por derechos

⁹ Citado por Jorge Santamarta en “Comer carne ¿es sostenible?”, en http://www.ecoport.net/Temas_Especiales/Educacion_Ambiental/Comer_Carne_Es_Sostenible (última consulta 11/05/12).

generales y despersonalizados. Pareciera que lo ecológico se reduce a sembrar árboles o cuidar animales, y no a establecer una propuesta alternativa de sociedad que apunte a una relación nueva y distinta del hombre con la naturaleza (Lezama, 2001, 287).

Frente a este panorama parece que sólo queda una cosa: la unión activa de la sociedad civil mediante la promoción de un activismo que convoque a los ciudadanos a *biodiversificar* sus consumos. Es un hecho que esto ya se está haciendo a través de la Red y de manifestaciones públicas; sin embargo, estos movimientos se topan con varios obstáculos. En el caso de las manifestaciones públicas se ha estigmatizado a los activistas como rebeldes belicosos que se oponen a la modernidad y el progreso, o a costumbres ancestrales, de manera irracional y *sentimentaloide*, pues se dice que con sus protestas pretenden salvaguardar a los *animalitos*, a las *plantitas* y a los indígenas de supuestos futuros daños inexistentes, siendo que los proyectos empresariales y gubernamentales están enfocados al desarrollo y bienestar de las poblaciones, de la biodiversidad y de los ecosistemas. Esta propaganda política y comercial, desafortunadamente logra tener más impacto en la sociedad, pues la realizan criminales de cuello blanco (como suele calificárseles) con todo el apoyo de los medios masivos de comunicación, así como con todo el poder de la fuerza del Estado. En cambio los *mal famosos* activistas suelen ser denigrados y se presentan como demonios, siendo que son exactamente lo contrario; son gente interesada en el bienestar de la comunidad planetaria dispuesta a arriesgar incluso su vida para defender causas justas y nobles; son personas que previendo el peligro que se acerca encienden los focos amarillos para alertarnos y que junto con ellos nos opongamos al inminente peligro que se avecina si no hacemos nada para impedirlo; son personas valientes que se oponen a la injusticia y a la anarquía de políticos y empresarios ambiciosos.

La muestra histórica más patente de estos movimientos activistas fue la llevada a cabo en Seattle en diciembre de 1999 durante la reunión de la Organización Mundial de Comercio, cuando un puñado de personas provenientes de varias partes del mundo se manifestaron en las calles de esta ciudad para protestar contra las decisiones que toman los líderes empresariales. ¿Cuál era el objetivo de esta protesta? Ciertamente no era protestar contra el comercio mundial o la globalización sino “contra el derecho de los ciudadanos a establecer reglas que protejan a las personas y al planeta [...] (pues) la OMC ha tratado persistentemente, y de una modo antinatural, de separar el comercio de todos los que se ven afectados por él: los trabajadores, el medio ambiente, la cultura” (Klein, 2002: 29). Los activistas en varias partes del mundo se oponen a los cultivos transgénicos, al maltrato animal, a la expropiación de tierra; sin embargo, los políticos demagogos y los empresarios corruptos se encargan de crearles una mala fama y presentarlos como antiprogresistas y

reaccionarios; pero, las causas de su activismo no están motivadas por intereses mezquinos, como los de los personajes referidos; por el contrario lo que buscan es mostrar el atropellamiento de nuestros derechos y nuestro bienestar común, a cambio del enriquecimiento de unos pocos.

Si realmente queremos que las cosas cambien, la sociedad civil y cada uno de nosotros debemos hacernos responsables y ser más prudentes con lo que consumimos. No debe bastar con que el producto nos guste, sea porque está de moda o por su apariencia, es necesario preguntarnos, antes que cualquier otra cosa, si verdaderamente lo necesitamos. Si es así, elegir entre la amplia gama de productos que se ofrecen en el mercado, el producto con el menor grado de impacto ambiental. Por ejemplo, de manera tradicional las personas eligen el detergente de ropa por los supuestos beneficios anunciados a través de campañas publicitarias (más blancura, más suavidad, que cuida los colores, etc.) sin atender a aspectos relacionados con su impacto ambiental, como es, su biodegradabilidad. Nuestra mentalidad debe hacer un giro y considerar esto último como el elemento principal en nuestras elecciones. Afortunadamente en el mercado cada vez encontramos una mayor cantidad de productos amigables con el ambiente, cosa que no ocurría hace algunos años, así es que no hay razón para no elegir éstos y acabar con los productos nocivos para el medio ambiente. Esto provocará al mismo tiempo que las empresas sean cada vez más responsables tanto en la producción como con sus productos.

Ahora bien, las empresas deben informarnos a los ciudadanos cuál es el origen de los productos que consumimos, pues para la gran mayoría éste es desconocido; entonces, si se ofrece información del impacto ambiental de lo que consumimos, antes de que los adquiramos y lo que sucede con ellos una vez que los descartamos, se puede llegar a tener la esperanza de que empezaremos a modificar nuestros hábitos de compra, eligiendo aquellos que resulten menos costosos y dañinos para el medio ambiente. Quizá con esto se vaya logrando un cambio paulatino y obligue a los productores y empresarios a modificar sus mecanismos de producción, o a salir del mercado, como lo ha señalado Daniel Goleman (2009) en su libro *Inteligencia Ecológica*, en el cual explica los beneficios económicos que tiene para las empresas hacer públicamente transparentes sus métodos de producción y mostrar a los consumidores qué están haciendo para que éstos sean sustentables; a su vez que el producto que ofrecen es también sustentable de alguna manera. Esta información tiene como base el Análisis del Ciclo de Vida (ACV) del producto, misma que es ofrecida al público, de manera que sus potenciales consumidores cuentan con un mejor conocimiento de los procesos sustentables que se sigue la empresa (en el caso de las que sí están

comprometidas con el ambiente y son socialmente responsables), de manera que esto se convierte en un estímulo para la elección de sus productos, pero sobretodo como una importante contribución para aliviar los problemas ambientales.

Indudablemente nos encontramos en una coyuntura histórica que nos hace más sensibles con la problemática ambiental y de alguna forma estamos cada vez más dispuestos a cooperar, sin embargo como indica la Dra. Carmen Velayos: “en el crucigrama de nuestra vida práctica cotidiana, no siempre bastan las buenas intenciones o una buena voluntad. La prudencia solicita hoy una dosis de conocimiento que ayude a ligar unos fines con otros y a vislumbrar sus coherencias y contradicciones” (1996:254).

Es necesario, por lo tanto, encaminar todas nuestras energías hacia una verdadera praxis ambiental más ética, asumir cada uno de nosotros con responsabilidad la parte que nos corresponde, lo cual implica convicción en que es necesario modificar o cambiar varios aspectos de nuestra forma de vida, tener iniciativa personal y no esperar a que *papa gobierno* clausure o sancione a las empresas, nos diga qué hacer, nos obligue a hacerlo o, peor aún, que se nos prive de recursos a los que tenemos derecho. En otras palabras ser prudentes con los que consumimos, y por qué no, biodiversificar nuestro consumo, hacerlo más *bio* y menos *plastic*.

Como se ha venido señalando, en suma, el desapego que se gestó hacia la naturaleza por parte de los seres humanos generó una cómoda ignorancia del origen de lo que consumimos, por eso es importante, para lograr una verdadera praxis ambiental, estar mejor informados, pues el conocimiento del origen de los productos, puede lograr que se modifique la valoración de ellos, positiva o negativamente, y de esa manera ser más prudentes y moderados en nuestros consumos.

CONCLUSIÓN

Bio-diversificar nuestro consumo debe convertirse en una necesidad. Para ello es necesario cambiar nuestros comportamientos y valores tradicionales de compra y de consumo. No podemos continuar por el camino de la indiferencia y fingir no tener conciencia del grave desafío ambiental que enfrentamos, del cual todos somos responsables en cierta medida, pero a su vez, frente al cual todos podemos actuar y hacer algo.

Sin duda alguna lo primero que necesitamos es una educación ambiental para que cada uno de nosotros mesure el modo de consumir, evitando generar de sobremanera desechos

plásticos, baterías, aparatos electrónicos, pero también es necesario ante todo dar uso prolongado a lo que usamos, reutilizar y reciclar es parte de nuestra tarea individual para salvar el planeta azul. La sociedad civil debe comprometerse a modificar sus actitudes ambientales y especialmente tener la responsabilidad de consumir lo necesario y evitar el despilfarro. Debemos dejar de ser cómplices de la insensatez política y empresarial que sólo miden su progreso en términos ego-económicos. Es necesario ser selectivos con la mercancía que se opte por consumir, evitando comprar productos provenientes de todas aquellas empresas inmorales que transgreden de manera consciente el medio ambiente y por lo tanto carecen de un genuino compromiso moral.

Bibliografía

Baudrillard, J. (1997). *La transparencia del mal*, España, Anagrama.

Carson, Rachel, "El mundo real que nos circunda", en Kwiatkowska, Teresa y Jorge Issa (comps.) 2003, *Los caminos de la ética ambiental II*, México, CONACYT-UAM-Plaza y Valdés.

De la Isla de Bauer, María (2009). *Agricultura: deterioro y preservación ambiental*, México, Colegio de Posgraduados y Mundi-prensa.

Fromm, Erich (1970). *La revolución de la esperanza*, México, F.C.E.

Galeano, Eduardo (2004). *Patatas arriba: la escuela del mundo al revés*, México, Siglo XXI.

Goleman, Daniel (2009). *Inteligencia ecológica*, México, Vergara.

Heidegger, Martin (1956). *La pregunta por la técnica*, en <http://rae.com.pt/Heidegger.pdf> (última consulta 11/05/12).

Jacott, Marisa, *Tóxicos en la industria electrónica*, en <http://www.efn.uncor.edu/etc/reciclado/web/informacion/Inf2.pdf> (última consulta 11/05/2012)

Ki-moon, Ban. Consultado en http://www.unep.org/spanish/wed/2010/media/SG_Es.asp (última consulta 11/05/12)

Klein, Naomi (2001), *No Logo. El poder de las marcas*, Barcelona, Paidós.

Klein, Naomi (2002). *Vallas y ventanas: despachos desde las trincheras del debate sobre la globalización*, España, Paidós.

Werner Klaus y Hans Weiss (2003), *El libro negro de las marcas. El lado oscuro de las empresas globales*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Leopold, Aldo, "La ética de la tierra" en Valdés Margarita (comp.) 2004, *Naturaleza y valor: una aproximación a la ética ambiental*, México, UNAM/IIF- FCE.

Lezama, José Luis (2001). *El medio ambiente hoy: temas cruciales del debate contemporáneo*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Humano.

Llano Cifuentes, Carlos (2004). *Los fantasmas de la sociedad contemporánea*, México, Trillas.

Lezama, José Luis (2010). *Los grandes problemas de México. Medio Ambiente*, México. El Colegio de México

Real Academia de la Lengua Española (RALE), versión electrónica

<http://www.rae.es/RAE/Noticias.nsf/Home?ReadForm>

Sartori, Giovanni (2003). *La tierra explota*, México, Taurus.

Schwartz, Barry, (2005). *Por qué más es menos: la tiranía de la abundancia*, México, Taurus.

Singer, Peter (1999). *Liberación animal*, España, Trotta.

--- (2003). *Un solo mundo: la ética de la globalización*, España, Paidós.

--- y Jim Mason, (2009). *Somos lo que comemos: la importancia de los alimentos que decidimos consumir*, España, Paidós.

Toledo, Víctor M., “El desafío planetario: integrar lo urbano, lo rural y lo natural”, en Boada, Martí y Víctor Toledo, (2003), *El planeta, nuestro cuerpo. La ecología, el ambientalismo y la crisis de la modernidad*, FCE, SEP, CONACYT, México.

Velayos, Carmen (1996). *La dimensión moral del ambiente natural: ¿Necesitamos una nueva ética?*, Ecorama, España.

Vivas, Esther (2010). “Otro modelo de consumo. Alarma sobre el impacto del actual modelo agroalimentario globalizado”, en

<http://www.ecoportat.net/content/view/full/92603> (Fecha de publicación 27/abril/2010. Consultado el 6 de mayo de 2010).